

da por Carlos II y Boyle; en 1666, con Descartes y Pascal como estudiosos, surge la Academia de Sciences en Francia.

No faltan en la *New Atlantis* altas torres para el estudio de la refrigeración y conservación, ni cámaras de salud, ni fábricas, ni dispensarios, ni salas perspectivas, ni talleres y Casas-Matemáticas... Toda la función investigadora, en aras tecnológicas, está dirigida y controlada por los comerciantes de la luz, para los oficios; por los hombres del ministerio, "que coleccionan los experimentos de las artes mecánicas y de las ciencias liberales"; por los exploradores o mineros, dedicados a ensayar nuevos experimentos; por los recopiladores, que dibujan los nuevos experimentos. La religión está ya no sólo secularizada —contrariamente a Moro— sino tecnificada. Es así como en larguísimas y hermosas galerías, se colocan los modelos de las más raras invenciones; y en otras, las estatuas de los inventores célebres; todo ello, "para celebrar nuestras ceremonias y ritos", en expresión de Bacon.

De este modo, aun reconociéndose a Dios "por sus maravillosas obras", se deviene en la consideración de otros dioses, los inventores, así como de ciertas reliquias, los inventos: El *ars inveniendi*, formulado por Bacon en su incompleta *New Atlantis*, ostenta el mérito indudable de haber impulsado el progreso humano desde la nueva ciencia y la técnica, dato en el que supera a Moro.

Todos los siglos, desde el XVI, ponen en práctica el género de la Utopía: James Harrington en *Océana* (1656); Etienne Cabet y William Morris, en *Erewhon* (1872) y *New from Nowhere* (1891), respectivamente; y Aldous Huxley con *Brave New World*, basada en la biología, y George Orwell, y su *Nineteen Eighty-Four*, contra el totalitarismo, ya en pleno siglo XX.

## 7

# François Rabelais o la crítica a la pedagogía institucional

### 7.1. Introito a Rabelais

Suele considerarse a Rabelais el "arquitecto de la lengua francesa" y aun el creador de su literatura, en el decir de Chateaubriand; tal hecho no le otorga el privilegio de ser el iniciador del edificio que se levanta con los materiales del Humanismo renacentista, y sí el de excelente humanista y pedagogo.

Prescindiendo de los contactos habidos entre Italia y Francia, ya desde la guerra de las Galias, o los más posteriores con ocasión de la disputa del Ducado de Milán entre los Valois y los príncipes italianos; o, si se prefiere, los estudios de la generación de jóvenes franceses que aprenden latín en Italia y leen a Petrarca o Ariosto, —en la introducción del Humanismo renacentista en Francia— se suelen distinguir tres etapas: corresponde la primera al reinado de Carlos VIII (†1498) con la conquista de Nápoles y la llamada de Jean Láscaris; acoge la segunda, el reinado de Francisco I (†1547) en sus primeros veinte años (1515-1534), con el favor dispensado a los humanistas en general (Budé, Escalígero, Erasmo...), y a los reformadores en particular (Lefèvre d'Étaples), y la creación del *Collège des Lecteurs Royaux*; la tercera coincide, (1534-1560) con los trece últimos años del reinado de Francisco I, el reinado de Enrique II (†1559) y la prestigiosa actividad —plena de dificultades— de Marot (†1554), Rabelais (†1553) o Calvino (†1564); Montaigne y sus *Essais* (1571-1580), cami-



na ya con el período de las guerras religiosas bajo el reinado de Carlos IX (†1574) y los de Enrique III y IV (1574-1598). Lo anunciado como mera circunstancia, exige, ahora, una nota breve de exposición.

Juan Láscaaris es llamado por Carlos VIII en 1494; y, aunque regresa a Italia en 1509, su labor como helenista, como organizador de la Biblioteca Real de Blois, y, sobre todo, su colaboración con Guillermo Budé, le otorgan el título de iniciador del Humanismo en Francia.

Otro es el caso del paduano Della Scala o Escalígero, establecido en 1525 en Agen, y su notable contribución al Humanismo en Francia con su loada *Poética* de 1561. El propio Lèfevre d'Étaples (†1536) aprende griego en Italia, traba comunicación con los humanistas, y, a su regreso a Francia edita y comenta a Aristóteles. Su contribución esencial reside en la aplicación del método crítico-filológico a la "página sacra" —Biblia— y la consecuencia de que en ella no se contienen los dogmas preceptuados por la Iglesia. Pero sería errónea, en todo caso, la insistencia en torno a los precedentes, de modo que subrayaremos la actividad cultural de los humanistas mayores. Conviene destacar, entre éstos, a Guillermo Budé (†1540), cuyo humanismo filológico se expresa en códigos jurídicos con sus estudios, en el original griego, del *Código* de Justiniano y sus comentarios; en códigos de ciencia en *De asse* y su contribución a la arqueología y numismática; en códigos de latinidad en *De studio litterarum recte...*; y, de helenismo en *De transitu hellenisme ad Christianismum*, y *Commentarii linguae graecae* (1529). Su aportación al Colegio de Lectores Reales y su relación con Erasmo no exime de advertir de lo pesado y pedante de su estilo en ocasiones, si bien su prestigio e influjo en los humanistas —cual demuestra su correspondencia epistolar con Erasmo, Moro, Vives y otros— es un hecho comprobado.

Es necesario, ahora, traer aquí a un personaje activo y trotamundos obligado, muy próximo a Rabelais en más de un punto. Se trata de Clement Marot (1544), formado en la corte de Ana de Bretaña y de Luis XII como hijo del poeta de la Corte Jean Marot. Hacia 1518 vemos a Clement Marot como secretario y poeta de Margarita de Angulema, a cuyos ejércitos sigue como

cronista de 1520 a 1525; luego vendrán sus problemas como reformista; la antología de sus poemas *Adolescence*; su encarcelamiento y destierro a Ferrara; su regreso y nuevo destierro a Ginebra; y, en fin, su muerte en 1544 viajando hacia Italia.

Como humanista Marot cultivará los poetas clásicos Ovidio, Virgilio y Marcial; como poeta es el introductor, en la literatura francesa, del género que va del soneto y la égloga al epigrama y la epístola.

Humor e ingenuidad, de otro lado, son las notas que caracterizan su obra, no exenta de impregnación reformista, mas no luterana, como evidencia en *L'Épître au Roy*.

Y llegados aquí, se precisa recordar, aunque sea con la sola cita, a los humanistas y escritores Aymot, Pasquier, du Vair, Pierre Amy, Ronsard y du Bellay.

Con todo, parece conveniente detenerse, con alguna extensión, en una de las figuras más notorias, si no la más notable, del Humanismo pedagógico francés: François Rabelais (1494-1553). A vuelo de pluma se observan ciertas coincidencias entre la obra de Marot y la de Rabelais. Su tendencia al reformismo; su crítica a la Iglesia y a la universidad; su amor a las letras clásicas y a la lengua francesa, son más que manifiestos y comprobados. Por no hablar de su fina ironía y amor a la sátira social.

Mas, procedamos con orden y sin presuposiciones. ¿Quién es François Rabelais? Responderemos con una negación que afirma. Rabelais no es como sus personajes: pícaro como Panurgo; extravagante cual Cuaresmacorriente; ignaro y procaz al estilo del hermano Juan; o imbécil y cobarde como el rey Picrochole. Rabelais es, sencillamente, un fraile franciscano —sin vocación— en Fontanay-le Comte; benedictino en Ligugé; estudiante —ya exclaustro como monje— de Medicina en París y Montpellier, que obtiene el grado de Bachiller en 1531, el de Licenciado en 1537, y, un año más tarde, el de Doctor; médico en Lyon; secretario de Embajada en Roma; y, sobre todo, humanista y escritor.

A sus estudios eclesiásticos y médicos hay que añadir los jurídicos, los de las Ciencias de la Naturaleza y los clásico-filológicos de griego, latín, italiano y francés —este último como creador de un nuevo género—. Su vida es movida: Vive en Poitiers, Montpellier, Lyon, Piamonte, Roma, Metz —exiliado—, Meudon —como cura—, y París, donde muere.

De sus estudios teológicos en el convento, que criticará con dureza más tarde en sus obras, obtiene un hecho positivo: su amistad intelectual con el helenista y franciscano Pierre Amy. De esta relación surge el cenáculo humanista, compuesto por ambos, amén del abogado Tiraqueau y Guillaume Budé con el que entabla correspondencia epistolar a partir de marzo de 1521. En el cenáculo se cultiva el latín y griego clásicos, la literatura italiana y la filosofía de Aristóteles y Platón; se insiste en las obras griegas de medicina, y en las ciencias naturales siguiendo los cánones de la *Historia Natural* de Plinio; y lo que es más notorio, defienden "el movimiento humanista" por Francia. Desgraciadamente el acontecer político rompe el cenáculo hacia 1525: Pierre Amy huye y Rabelais se libra gracias a la intervención del obispo Geoffroy d'Estissac.

Pertrechado con este bagaje de formación, Rabelais comienza a escribir —casi como consecuencia— a los 38 años, iniciándose con la publicación, en 1532, del *Ars Parva* de Galeno y los *Aforismos* de Hipócrates. Ese mismo año saldrá a la luz su obra *Pantagruel*, más ello es objeto del punto siguiente.

## 7.2. El pensamiento de Rabelais y su obra

François Rabelais vive en el tiempo aludido por Vives como corresponsal de Erasmo, en el que es difícil hablar y aun callar sin peligro. Dicho de otra forma: Rabelais ve en el destierro a los Estienne; fugitivo Marot; decapitado Moro; perseguido Erasmo; quemado Servet... Y, sin embargo, es capaz de escribir en su testamento: "Nada tengo que valga dinero; debo muchísimo. Lo demás para los pobres". ¿Qué tipo de hombre es éste que hasta en los últimos momentos de su vida se expresa en códigos de fina ironía y humor?

De atender a sus contemporáneos, "un homme doné d'aimables et serieuses qualités, très-goûte et tres— estimé de toutes les persons avec lesquelles il eut des relations". Un hombre serio y juicioso que para nada coincide con los tipos que recrea, cual se dijo. Es más, alguien ha conformado su personalidad intelectual, "con el saber de Erasmo, la cultura filosófica de Marsilio Ficino, la imaginación de Ariosto y la gracia natural de Boccaccio".

Sin desechar las bases de su formación completamente, sí que hay que aceptar a Rabelais como hombre de cultura y erudición; lo que no evita que pongamos algún interrogante sobre su saber comparado con el de los personajes aludidos. Pasión por las letras, culto a la inteligencia, y sabiduría en dosis de ironía y humor, no faltan en Rabelais. No obstante, su pensamiento tiene su raíz en un optimismo antropológico manifiesto: el hombre es bueno a pesar del pecado original. Compuesto de cuerpo y alma, el ejercicio y la higiene otorgan la sanidad al primero; el saber religioso, gracias a los textos originales bíblicos, y el saber científico, en concordancia con la ciencia y filosofía griegas de la antigüedad, proporcionan la felicidad a la segunda. No le falta fe en la Naturaleza que confunde con Dios o el "gran quizás". El está en contra del casuismo teológico, del verbalismo en jurisprudencia y de la pedantería en educación. Diríase que es un hombre en perpetua tensión intelectual, dispuestas sus saltas a toda hora, contra lo irracional en hombres e instituciones.

El Papado, los monjes, la propia universidad, los pedagogos, son su blanco preferido. Hablen si no los capítulos 49-54 y 3-4 de los libros tercero y cuarto de *Pantagruel*. Su pensamiento moral puede quedar encerrado en el lema del frontispicio de la abadía de Thélème: "Obra como te plazca", y poco más.

Todo lo advertido sobre el fondo de su pensamiento, no es obstáculo para que, en la forma literaria en la que se expresa, se muestre como un cínico descarnado, que no obsceno; como anticlerical entre el humor y el sarcasmo; mas también, como creador de un nuevo lenguaje literario del que forman parte sustantiva la invención verbal y poética, la parodia, el simbolismo, el humor y la fantasía hasta la exaltación. Y es suficiente recordar el episodio de Panurgo en la aventura de los corderos, o si se desea, la homilía sobre los deudores, o a Hirtaly montado sobre el Arca de Noé.

Es necesaria una escueta alusión —de todas las notas citadas de su lenguaje literario— al simbolismo, pues en él se encierra, y no precisamente en pequeñas dosis, su crítica y propuesta de regeneración social. En efecto, cuando Rabelais desea manifestar toda la ignorancia de la Sorbona, la expresa en el personaje-tipo de Janotus de Bragmardo. Cuando habla Gargantúa o Grangousier, pare-

ce que lo hacen Francisco I y Luis XII; el rey Pétanol y Enrique VIII se corresponden en los hechos; el hermano Juan es el cardenal Lorraine, y Panurgo, el cardenal Amboise. Y aun los estudiosos de Rabelais y su obra aceptan, en aras de certidumbre, que las islas Sonnante y Ruach se identifican con la Iglesia romana y la Corte, en las que los papimanos son los papistas y los papefigos, los reformistas protestantes; la justicia y la verdad vienen significadas por los gatos forrados y el oráculo de la botella; y, en fin, los pájaros y sus gorgojeos representan a los jesuitas.

No escapan algunos nombres, menos disfrazados, de sus contemporáneos. Así, se cita a Rondibilis por Guillaume Rondêlet; a Putherbe por Puits-Herbaud; o, a Hertrippas por Corneille Agripa.

El recurso de la risa, cuando no de la fina ironía, como canon aceptado de comunicación, no excluye a los intelectuales, de atender a su burlesco discurso sobre algunas universidades, o, a la actividad disparatada del escolar lemosín. Y bajo ningún aspecto, puede negársele a Rabelais ser un heraldo adelantado en cuestiones de cultura y sociedad tan importantes, como la educación, la paz, las Bellas Artes o la elocuencia y su liturgia. Todavía cabría añadir a lo expuesto, —como acicate añadido para la lectura de su obra— el dato de patriotismo, raquíptico si se quiere, de que haga a Panurgo, en su encuentro con Pantagrue, hablar en español; y, aún cuando escribe de nuestras ciudades y productos industriales no lo hace sin elogio.

Lo expuesto es más que suficiente para entrar de lleno en la disposición y contenido de la obra rabelesiana. De acuerdo a esto, la primera en el tiempo es *Pantagrue* (1532). El pueblo —al que observa y conoce— y sus lecturas *ex antiquo* le inspiran e impulsan a escribir sin pretenderlo. Rabelais pasa largos períodos de su vida en Lyon, ciudad próxima a Basilea donde reside Erasmo con el que mantiene correspondencia; Lyon, es sin duda, la ciudad francesa más tolerante. Y es aquí, precisamente, donde se publica en 1532 la obra infantil, *Les grades et inestimables chroniques du grand et enorme géant Gargantua*, que le sirve de estímulo y modelo.

No podemos reducir, de ningún modo, las fuentes de inspiración a la obra anunciada. Los estudiosos de la obra rabelesiana aceptan, también, —como fuente—, al italiano Ludovico Pulci y

su obra *Morgante Maggiore*; y sobre todo, a Forlengo y su *Macro-neo* (1521). “Sin los poemas de Pulci y de Forlengo —advierde nuestro Américo Castro— los libros de Rabelais o no existirían o habrían sido muy diferentes” (Castro, 1934: 186). De cualquier modo, no estará de más observar la superioridad de la obra de Rabelais respecto a las expuestas. Un nuevo tipo de hombre y de vida, de cultura, en definitiva aparece en toda su obra. Ciertamente casi todo lo preside la razón; y cuando interviene el sentimiento lo hace con escasos recursos. Y se convendrá conmigo en que lo importante en Rabelais reside no tanto en lo que crea —que también— sino, y sobre todo, en la forma cómo lo crea. Y en esto coincidimos con Américo Castro.

El libro II en 34 capítulos parece ser el primero que Rabelais redacta bajo el seudónimo de Alcofrybas Nasier. Los cuatro primeros capítulos de *Pantagrue Roy des Dipsodes* giran alrededor de su infancia, que se inicia con los pormenores genealógicos, redactados en burdos y descarados paralelismos bíblicos; continúa con la descripción anímica de Gargantúa tras perder a su esposa y tener un hijo, y finalizan con la parodia del desmedido apetito del infante.

El quinto capítulo versa de las universidades de provincia —Potiers, Burdeos, Toulouse, Montpellier, Anger, Orleans, etc.— que Pantagrue visita —en alguna estudia— y, por supuesto, juzga; narra el sexto, el encuentro en Orleans de Pantagrue con el estudiante lemosín, en cuya figura ridiculiza al estudiante de provincias, que se expresa en un francés plenamente latinizado. Los capítulos siete al nueve, éste inclusive, sitúan a Pantagrue en París, ciudad en la que visita la librería de San Victor, de la que ofrece la nómina completa, en aras de ironía y crítica feroz, dada su temática inmovilista e ineficaz. Sirva un ejemplo: “La vara de la salud. La bragueta del derecho. Del modo de defecar”; anuncia luego —en la carta de Gargantúa a su hijo— los códigos del nuevo humanismo, en aras de educación integral; da, en fin, entrada a Panurgo, políglota *sui generis*, y, protagonista-tipo a partir de ahora de la narración.

Toda una recreación y exaltación de la jurisprudencia latina —condenando la medieval por verbalista y oscura— efectúa Pantagrue en el proceso que es interrogado, como parte, y del que

da cuenta en los capítulos décimo al decimotercero. En los nueve que van a continuación (del 14 al 22), Panurgo se erige en protagonista de la narración, en la que advertimos los diversos modos de adquirir dinero; su molde y costumbres; la discusión, mediante signos, con Thaumasta —Tomás Moro, según Pierre Grimal— parodiando las disputas universitarias y el *affaire* de su enamoramiento en París.

Los doce últimos capítulos (del 23 al 34) acogen las azañas bélicas de Pantagruel contra los dipsodas, en las que no faltan picaresca, burla y esperpento; cabría recordar el destrozo de seiscientos sesenta caballeros; el duelo y victoria sobre el gigante Lop-Garou; el episodio en el que Epistemón con la cabeza seccionada es curado por Panurgo; o, quizás, el momento en el que Pantagruel protege de la lluvia a todo el ejército con su lengua.

El Libro II de *Pantagruel* concluye con la presentación de excusas y consecuencias. Luego vendrán el Libro III (1546), el Libro IV (1552) y el Libro V, publicado en 1564, muerto Rabelais. Pero ocurre que entre el Libro II de *Pantagruel* (1532), y el Libro III (1546) del mismo, Rabelais escribe el Libro I, es decir, *Gargantúa*, que ve la luz en 1534; y, a él, respetando cronología, nos referimos, para retomar, después, los aludidos libros (III-IV-V) de *Pantagruel*.

Todo el Libro I de Gargantúa, en cincuenta y ocho capítulos, está dedicado a *la vie tres-horrifiques du grand Gargantua, père de Pantagruel*; compuesto por M. Alcofribas, extractor de quintaesencia, ve la luz en Lyon en 1535. La advertencia al lector es insinuante: "Al leerlo no os escandalicéis, no contiene mal ni infección, aunque tampoco gran perfección. Si no aprendéis, reiréis al menos" (Rabelais, 1971: 56). La genealogía de Gargantúa, los once meses de embarazo de su madre, el nacimiento y el nombre, ocupan los seis capítulos primeros. Los siete siguientes nos advierten de su infancia y adolescencia, deteniéndose en los vestidos, los colores y el ingenio. Para el mundo de la educación, los capítulos catorce al veinticuatro son los más sustantivos, ya que en ellos se expresa y define el ideal pedagógico del hombre del Renacimiento.

Los códigos culturales del medievo, representados por los procedimientos educativos del maestro Thubal Holofernes, dan con

un Gargantúa loco, necio y soñador. Ante tal situación, su nuevo maestro, Ponócrates, fiel a los ideales pedagógico-culturales del Renacimiento y en la línea de la educación integral (física, intelectual y moral), y de los textos antiguos, hará de Gargantúa un hombre nuevo. La guerra picrocholina, en la que el padre de Gargantúa es atacado por Picrochole con la excusa de la disputa entre viñadores y bolleros, ocupa los veintiséis capítulos siguientes (25-51). Nos cuenta Rabelais los combates con el ejército de Picrochole al que vence, tratando con justicia a los vencidos. Tanto Gargantúa como el monje Juan de Entomeres son principales protagonistas en los enfrentamientos; para el último, creará como premio Rabelais la abadía de Thélème.

A esta abadía en su construcción, organización cultural y forma de vida de los Thelemitas —hombres y mujeres hasta el matrimonio—, dedica Rabelais los seis últimos capítulos del 52 al 58. Vistos, de acuerdo con la cronología de aparición, el Libro II (*Pantagruel*) y el Libro I (*Gargantúa*), corresponde, ahora, manifestar los contenidos de los restantes Libros de *Pantagruel* (III, IV y V). El *Tiers livre* —tercer libro— sale al público en París en 1546; esta vez bajo el epígrafe, *livre des faits et dits heröiques du Noble Pantagruel*, por M. Rabelais, docteur en Médecine. Mas, el lector advertido, ha observado ya que entre la publicación de *Gargantúa* en 1534, última obra en el tiempo, y el Libro III de 1546 han transcurrido doce años en los que Rabelais no escribe. Y el interrogante es obligado ¿qué ha ocurrido en este tiempo? La respuesta está en estos hechos: la Sorbona ha condenado *Gargantúa*; se ha producido el *affaire* de los Placard, que invita a Rabelais a dejar, por prudencia, Lyon; Rabelais marcha a Roma como secretario de su tío y protector el cardenal Juan de Bellay; tras conocer la corte papal y su política, regresa para ser canónigo en el convento de San Mauro; de 1537 a 1540 ejerce la medicina en Montpellier, en cuya universidad se gradúa doctor; regresa a Italia, esta vez acompañando al gobernador de Piamonte; tras su vuelta definitiva a Francia, es nombrado en 1543 maestro de memoriales del rey.

Así, con tiempo, serenidad y el favor real, Rabelais vuelve a escribir dando a la prensa su *Tiers livre* en 1546. Distinto en la composición a los anteriores, y, sobre todo, por su erudición y

atrevimiento crítico hacia los miembros de la Sorbona, el *Libro III* de Pantagruel, con 52 capítulos, se convierte en un breviario, no exento de humor y sarcasmo, sobre el matrimonio. Se toma aquí el oráculo como elemento de excusa y recurso. Y, en tal sentido, Panurgo que ha sido elegido rey de los dipsodas, y empleado todo su dinero, desea recuperarlo con un matrimonio rentable y feliz a la vez; razón por la cual interrogará, para acertar en tal empresa, desde los sueños y los dados hasta una serie de personajes que van de la clásica bruja al astrólogo, el poeta, el sabio, el teólogo, el médico, el jurista y el filósofo.

Las respuestas son de lo más confusas y diversas. Así en el capítulo 30, "De cómo el teólogo Hipotadeo (Lèfevre d'Étaples) aconsejó acerca del matrimonio", se exige para acertar en una correcta elección matrimonial, elegir "entre gentes de bien, instruida en la verdad y en la honestidad, no habiendo frecuentado más compañía que la de las buenas costumbres, amante y temerosa de Dios, creyente y cumplidora de sus mandamientos" (Rabelais, 1971: 460). En el siguiente capítulo, "De cómo el médico Rondibilis (Rondelet) aconsejó a Panurgo", advierte Rabelais, por boca de Rondibilis, el deficiente concepto que de la mujer observa, al escribir: "Cuando digo mujer, me refiero a ese sexo tan frágil, tan variable, tan mudable, tan inconstante e imperfecto, que me parece que la Naturaleza (hablando con todos los respetos) cuando la formó perdió el buen sentido con que había creado y formado todas las cosas" (ibíd., 468). La misión de la mujer queda reducida —en el renglón siguiente— a "la social delectación del hombre y a la perpetuación de la especie humana". Lo expuesto, aun siendo insuficiente, es significativo y, en cualquier caso, una invitación a la lectura de las restantes respuestas.

Con todo, permitidme traer aquí la insinuación incompleta del "oráculo de la diosa botella", al que Pantagruel y Panurgo intentan consultar: "Las gentes casadas son más felices". Nos escapa a la condena el *Tiers livre*, obligando a su autor a refugiarse en Metz. Y es que el catolicismo ha conseguido ser religión oficial y La Sorbona obtiene del Parlamento la retirada de la obra de Rabelais. Corren malos tiempos para los humanistas, pues Etienne Dolet y otros sufren el martirio del fuego en Meaux. Esto acaece

en 1547. Rabelais pelagra y sus benefactores extreman sus influencias para que no termine como su amigo Dolet. Un acontecimiento político más, providencial, va a venir en su ayuda: las desavenencias entre Julio III y Enrique II en 1551 permiten a Rabelais escribir contra el poder temporal del Papa y a favor del rey, ganándose la voluntad de éste.

En 1552, siendo cura de Meudón, y no muy lejana su muerte, publica el *Quart livre* en París. Los *faits et dits heroïques du bon Pantagruel roi des Dipsodes*, son llevados a cabo por Pantagruel y Panurgo —recordando la Odisea— en busca del "oráculo de la botella" que no encuentran. El itinerario es marítimo y las escalas son frecuentes en las más de quince islas visitadas. El episodio del mercader y los corderos lanzados al mar (cap. VIII); la narración descriptiva y realista de la tempestad que sufren (caps. XVII-XXII); y la anatomía-descriptiva del personaje-tipo Cuaresmacorriente (caps. XXX-XXXII); y, el desembarco en la isla de Farouche, residencia de las morcillas (XXXV-XLIII), solicitan la atención argumental y literaria. Completamente distintas son las escalas efectuadas a las islas de los papahigos (protestantes) y de los papimanos (católicos), donde se advierte aun sin pretenderlo, una durísima sátira contra la fe de los protestantes (cap. XLV), y de los católicos (cap. XLVIII), en la figura del Papa, que es tratada de forma soez, tomando como excusa literaria *Las Decretales*.

La descripción del castigo de los niños del capítulo cuarenta y siete, que Pantagruel reprueba, y, la efectuada en el siguiente, alrededor de la procesión presidida por el obispo Hombrón, en la que figuran apóstoles, acólitos, cruces, banderas, estandartes, doseles, antorchas y pilas de agua bendita, recuerdan la pedagogía de Vives en torno a la disciplina, la primera, y, la pedagogía de la religión interior, propugnada por Erasmo, la segunda. Concluye este *Libro IV* con la llegada de los protagonistas al reino de Messer Gaster, "primer maestro del mundo en artes", y rey de los ventrílocuos y gastrólatras. Como siempre, las necesidades biológicas y la naturaleza llevan, en Rabelais, la mejor parte.

Muerto éste (1553), y transcurridos once años, aparece publicado en París (1564), *Le Cinquième Livre* o "quinto y último libro de los hechos y dichos heroicos del buen Pantagruel", dudándose de su autenticidad. Tanto en los procedimientos narrativos

como en los de contenido, el *Quinto Libro* es una continuación del anterior. El viaje es marítimo y las escalas se suceden: isla de Sonanté; país de los Chats Fourrés; reino de la Quintaesencia; y país de Lenternois. Sin duda, la isla de Sonante, a la que el autor dedica los seis primeros capítulos, es la corte de Roma. En ella, viven los pájaros (sacerdotes) gobernados por el Papegault (Papa), reduciéndose su actividad a cantar y engordar hasta el fin del mundo.

Hay aquí una especial insistencia narrativa y regodeo para mostrar en tono burlesco los defectos de la Iglesia, que concluyen en corrupción aceptada para el narrador.

En la isla de los Chats Fourrés (caps. XI-XV) o gatos forrados, se muestra toda la nómina de pecados sociales y circunstancias: abusos de la corte romana, tiranía de reyes, imposturas de santurrones y herejes, usureros malignos, falsos monederos, ignorantes, médicos imprudentes, cirujanos, boticarios, mujeres adúlteras, envenenadoras e infanticidas; mas sobre éstos, está la corrupta justicia u oficina de los gatos forrados, en la que "los platillos de la balanza eran dos viejos talegos de terciopelo, uno lleno de vellón y colgando y el otro vacío" [...] "Yo opino —agrega Rabelais— que aquél era el retrato de la justicia" (Rabelais, 1971: 776).

Todo el capítulo diecinueve, y alguno más, hace referencia al reino de la Quinta Esencia, llamado Entelequia. En él, Panurgo y su séquito son recibidos por la reina Quinta, teniendo el privilegio de asistir a las exposiciones y discusiones de los abstractores, sus oficiales, en manifiesta alusión a los procedimientos metódicos de la filosofía escolástica y su reina la abstracción. Rabelais —al inicio del relato— saca de Quinta Esencia, a los que no "hablan, discuten y escriben imprudentemente", contándose entre los afortunados los humanistas, Bessarión, Policiano, Budé, Láscaris, Escalígero, Bigot, Chambier y Francisco Fleury (ibíd., 802).

Exclusión razonable y razonada de atender a lo expuesto en el capítulo treinta y dos: "De cómo los oficiales de Quinta Esencia trabajan [...]". Sirva una referencia: "Otros cogían racimos de las espinas [...]; otros cazaban con red en el viento [...]; otros lavaban las cabezas de los asnos [...]".

Por fin, tras visitar las islas de Hodos de los Zuecos, el país de Satén, los protagonistas llegan al país de Linternes (caps. XXII-XLVIII), allí serán conducidos a la Reina linterna; descienden luego bajo tierra para entrar en el templo de la botella; son presentados a la princesa Babuc, "dama de honor de la Botella y pontífice de todos los misterios"; bajan las gradas tetrádicas, abriéndose las puertas del templo por sí solas, cuyo pavimento está cubierto de admirables emblemas; la pontífice Babuc presenta a Panurgo a la Diosa Botella; el oráculo responde: Trink, es decir, bebe; lo que, con buena voluntad, podría interpretarse: "bebe de la ciencia y de la cultura".

Quizás convenga advertir que para la exposición reflexiva del hilo argumental de la obra rabelésiana nos hemos servido de *Les Oeuvres de François Rabelais*, en la Librairie de la Bibliothèque Nationale (París 1896-1900) y de *Gargantúa y Pantagruel* en Bruquera (Barcelona, 1971). Dicho lo cual, se dará paso a un breve análisis expositivo de la teoría de la educación en Rabelais.

### 7.3. La educación liberal o la conformidad con la Naturaleza

A decir verdad, no construye Rabelais una teoría de la educación tal y como, hoy, la entienden los teóricos de la educación. Pero conviene recordar, de inicio, que Rabelais proporciona a Rousseau todos los materiales con los que éste levanta el edificio de la pedagogía romántica o naturalismo pedagógico. Esta confesión nos libera a la vez que nos induce a tratar, en aras de pausa, la aportación de Rabelais a la educación del Humanismo renacentista.

Es en *Pantagruel*, concretamente en el Libro II, en su capítulo VII, donde Rabelais formula el objetivo de la educación: quiero "verte absoluto y perfecto tanto en virtud, discreción y honradez como en todo saber liberal y decoroso". La dificultad del objetivo —conseguir que el alumno sea un pozo de ciencia y de virtud— invita a Rabelais a montar su estrategia de acción educativa. Todo el edificio de la educación nueva manifiesta dos partes: *pars destruens* —inicial y necesaria— y *pars construens* —sustantiva y natural—. A la primera corresponde derruir el edificio



levantado en falso, descombrar y limpiar el solar; a la segunda, abrir zanjas, poner los cimientos y levantar el nuevo edificio. Al edificio de la vieja educación escolástica se alude en el Libro I de *Gargantúa*. Es aquí donde la *pars destruens* adquiere tonos grotescos entre la sátira y el enfado del que la formula: “Estudiaba mucho y gastaba en ello todo su tiempo, en nada aprovechaba y lo que es peor, volvía, simple, bobalicón, muy mediatundo y atolondrado” (Rabelais, 1971: 99). La conclusión es lacónica y certera: “Más le valdría no aprender nada que aprender en tales libros”.

¿Qué es lo que se estudia y en qué libros para merecer tal reproche? Rabelais es contundente en su respuesta: Gargantúa aprende —en la escuela primaria— el alfabeto, “tan bien que era capaz de recitarlo de memoria y al revés, si bien gastó cinco años y tres meses en ello”; para cursar —en la escuela de gramática o secundaria— a Donato, el *Facetus*, *In Parabolis* de Alano, “tardó trece años, seis meses y dos semanas”; para el *De modis significandi*, “empleó dieciocho años y once meses; luego leyó el *Cómputo* en el que empleó “dieciséis años y dos meses hasta que su preceptor murió”. Los tiempos y los instrumentos con los que se construyó el viejo edificio de la educación medieval, alcanzan, también, al tercer piso, en el que se ubica la universidad. Quiso visitar las demás universidades de Francia, Pantagruel, —manifiesta Rabelais— y, así pasó a La Rochelle, y de aquí a Burdeos, “donde no encontró otros grandes ejercicios que los de los bateleros jugando al hoyo sobre la arena”; pasa luego a Toulouse, “donde aprendió muy bien a bailar y manejar la espada”; después llegó a Montpellier, “donde encontró muy buenos vinos y jovial compañía” (Rabelais, 1971: 230-31).

Advertida la *pars destruens*, y dispuesto el solar para levantar el edificio de la nueva educación humanística, corresponde a la *pars construens* tal misión. En efecto, limpia la mente del discípulo —en el símil, el solar— para hacerle olvidar lo aprendido; desechado el viejo arquitecto y sus planos —maestro y métodos—, el nuevo edificio de la educación exige nuevo arquitecto —maestro Ponócrates—; nuevos materiales —currículum—; y nuevos planos —procedimientos nuevos—.

La explicación merece el texto original:

Cuando Ponócrates vio la viciosa manera de vivir de Gargantúa, resolvió introducirle en las letras de otro modo [...]

Para mejor empezar su obra, suplicó a un sabio médico de su tiempo, llamado maese Teodoro, que meditará sobre si era posible volver a poner a Gargantúa en mejor camino. Éste le purgó canónicamente con eléboro de Anticura, limpiándole con este medicamento toda la alteración y el perverso hábito del cerebro. Ponócrates empleó también este medio para hacerle olvidar lo que había aprendido bajo la férula de sus anteriores preceptores, como hacía Timoteo con sus discípulos que habían sido adiestrados por otros músicos (Rabelais, 1971: 117-18).

Con estos logros y tales disposiciones, Ponócrates planifica el horario de trabajo para levantar el nuevo edificio de la educación. El horario es fijo y exigente: seis horas diarias, tres por la mañana y el resto, por la tarde; no desperdiciándose el tiempo para la continua formación intelectual. Así, durante la comida, se lee; en el tiempo libre se conversa sobre materias doctas; se canta; se tañen instrumentos; se juega; se observa los astros durante la noche; y, aun al fin del día, se recapitula sumariamente, “todo lo que se ha leído, visto, sabido, hecho y oído durante todo el día” (Rabelais, 1971: 123). Rabelais lo dirá más claramente: “Gastaba todo el tiempo en aprender letras y ciencias”.

A la luz de tal propuesta, conviene recordar que todo el programa de educación liberal anotado por Rabelais, desemboca en la conformidad con la naturaleza, pues no hay que olvidar que para él, el destino natural es consustancial al hombre.

Dos tipos de naturaleza distingue: la cósmica y la microcósmica o humana. A la primera, que, a veces, identifica con Dios, le otorga culto y admiración; a la segunda, le concede, optimistamente, el grado de la bondad: el hombre es bueno pese al pecado original, y sólo se torna malo cuando se le reprime y fuerza; al igual acontece con los instintos e impulsos naturales, que bien dirigidos conducen a la felicidad; aseveración que condena todo ascetismo por ir contra natura al intentar someterla. Y si ello es así, el *sequere naturam* es el primordial objetivo educacional. Y la fórmula del gigantismo —ya advertida— es toda una exaltación de lo humano y del destino natural del hombre. Aquí debemos recordar que “lo

natural” en Rabelais, no sólo alcanza a la educación sino a la moral y a la religión. Y no se toma, ahora, posición sobre si es el primero en formular los códigos de la educación natural, interesa, en todo caso, resaltar la exigencia de una instrucción formativa realista en la que lo físico está sobre lo metafísico. No escapa así del ámbito de la educación, nada de lo humano y natural en su dimensión, física, intelectual y moral.

Esto obliga a una breve consideración que queda iniciada con la *educación natural de lo físico*. Hay que empezar reconociendo, en este asunto, que Rabelais es un enamorado de la cultura del cuerpo, contrariamente a la Iglesia que la considera causa del pecado. Introducida la educación física en el currículum, Rabelais le asigna como objetivo, el conservar y fortalecer el cuerpo, así como la limpieza y la honestidad en el porte. El fondo y la forma se consiguen a través de una vida activa, al aire libre, y con una serie de ejercicio corporal reglado que va de la equitación, lucha o natación, a la escalada o tiro con arco. “Saliendo del agua —relata— subía directamente a la montaña [...]; trepaba a los árboles; arrojaba el dardo [...] tendía a fondo el arco [...]; manejaba la pica [...] la daga y el puñal [...]; luchaba, corría, saltaba [...]; nadaba en agua profunda [...]; volvía al barco, lo gobernaba, lo conducía [...]; arreglaba la brújula [...]; enderezaba el timón” (ibíd., 121).

La higiene y la alimentación son dos complementos necesarios en la cultura del cuerpo. Y Rabelais así lo advierte: Pantagruel ya no se peina cual Gargantúa “con el peine de Alman o sea con los cuatro dedos y el pulgar, porque sus preceptores decían que asearse, lavarse y peinarse de otro modo era perder el tiempo en este mundo” (ibíd., 111-112). Por contra, Pantagruel —representante de la nueva educación— se levanta a las cuatro de la madrugada, y tras su aseo personal efectúa los ejercicios al aire libre “él se limpiaba los dientes con un tallo de lentisco, se lavaba las manos y los ojos con agua fresca y daba gracias a Dios”.

En cuanto a la alimentación, su comida es “sobria y frágil”, y su cena “copiosa y abundante”. Tal observación de atender a lo copioso de algunos banquetes referenciados en *Gargantúa y Pantagruel* podría parecer un *lapsus calami*, si no afirmase a renglón seguido: “[...] ingería tanto como era necesario para alimentarse y conservarse”, pues, “éste es el verdadero régimen pres-

crito por el arte de la buena y segura medicina” (ibíd., 123). Con lo que el *mens sana in corpore sano* se convierte en código de acción pedagógica.

Y si lo físico y lo mental caminan inseparablemente unidos, a Rabelais —en el proceso de formación intelectual— le interesa tanto el fondo curricular como la forma metódica en aras de la cual se lleva a cabo. El *currículum* —cual se dirá al tratar del programa— camina no sólo por las siete artes liberales sino por la naturaleza; en tanto que el “procedimiento de enseñar” se desliza por el realismo practicista y la intuición. Lo anuncio como mero punto de partida para la posterior reflexión. Y, este punto de partida y de encuentro lo coloca Rabelais en la capacidad del sujeto, y más cuando el currículum no sólo es polimático sino excesivamente exagerado en extensión. “Por eso voy a tomar un sabio para que le enseñe según su capacidad sin reparar en gastos”, se dice en el Libro I de *Gargantúa*. Dispuesto el sujeto y con la capacidad suficiente, no será difícil la adquisición de la ciencia que Rabelais desea para su discípulo. Con todo, en la dificultad o facilidad para la adquisición e integración del saber entran de lleno los procedimientos metódicos y los recursos didácticos. Con pleno acierto y modernidad coloca Rabelais entre los últimos, las “lecciones ocasionales”, las “lecciones de cosas” y la “actividad lúdica”. De las “lecciones de cosas” y su presencia escribe Rabelais en el Libro I de *Gargantúa*: “[...] se ponían a conjeturar alegremente, hablando juntos, durante los primeros meses, de la virtud, propiedad, eficacia, y naturaleza de todo lo que les servían en la mesa: el pan, el vino, el agua, la sal, las carnes, el pescado, la fruta, las hierbas, las raíces, y del aderezo y aliño de todo ello” (ibíd., 123).

Para completar el estudio de la naturaleza, virtud y propiedad de los temas tratados, ocasionalmente, se servían de las obras de los clásicos grecolatinos: “Para estar más seguros hacíanse traer los susodichos libros a la mesa”.

De sumo interés resultan las “lecciones de cosas” y a ellas se refiere al advertir que “iban a ver cómo fundían los metales [...], o a los orfebres y talladores de piedras preciosas [...], o a los alquimistas o monederos, a los tapiceros, a los tejedores, [...] relojeros, espejeros, impresores, constructores de órganos, tintoreros y otras clases de trabajadores” (ibíd., 124). Y, en aras de eficacia, con-

cluye: "Aprendían y apreciaban la industria y la invención de los oficios"; y, más adelante: "Le mostraba de un modo experimental que él (Gargantúa) sabía tanto o más que ellos".

No se muestra original Rabelais en la propuesta del juego como recurso de aprendizaje de las matemáticas, pues otros humanistas, como Vives o Erasmo, lo habían propuesto con anterioridad; mas Rabelais, eso sí, lo extiende a "otras ciencias matemáticas, como geometría, astronomía y música", fabricando alegres instrumentos o trazando figuras geométricas, "al tiempo que practicaban las leyes astronómicas" (ídem).

Convendría recordar, tal vez, que en todos estos recursos facilitadores del aprendizaje, tiene un papel importante —como para casi todos los humanistas— la memoria, a la que corresponde retener bien y con precisión según Rabelais. Seguidos los procedimientos de aprendizaje anunciados, "lo cual aunque pareciera difícil al principio, se hizo tan agradable, ligero y delectable con la continuidad, que más parecía —anota con exageración— el pasatiempo de un rey que los estudios de un escolar" (ibíd., 124-125).

Se ha anticipado que la naturaleza conforma todos los códigos de la educación física y de la educación intelectual; y, advierto ahora, que no escapa a los mismos la educación religiosa-moral. Si cual se dijo, Natura y Zeos se confunden y todo se interroga por el gran Quizás, en Rabelais no cabe hablar sino de cierta religión cristianizada, y nunca de religión católica, al menos en sus escritos. Rabelais es irreverente y, con frecuencia, incrédulo. Sirvan el final de "Panurgo y los corderos", o la "cena del hermano Juan", o sus críticas al papado —Papimanos—.

Cierto que sus primeros libros manifiestan cierta tendencia y fervor por la Reforma y la libre interpretación de los textos, mas según se va avanzando en los mismos, su crítica al calvinismo —al separar *natura* de *religio*— se endurece al extremo del rechazo.

No faltan, en todo caso, en la línea anotada de la religión natural cristianizada, textos como el que sigue: "Según el argumento y el propósito se entregaba muchas veces a reverenciar, adorar, rezar y suplicar al buen Dios, de quien la lectura mostraba la majestad y los juicios maravillosos" (ibíd., 117).

En la religión de Rabelais lo interior está sobre lo exterior; la crítica burlesca es para Gargantúa, que oye de 26 a 30 misas dia-

rias; hay búsqueda de un Dios personal, "conformador del Universo", con el que se confunde; hay cierto sentimiento de piedad y propuesta de lectura directa de la Biblia; hay, en fin, cierta tendencia al deísmo y reforma, que de algún modo, da lugar a su religión natural cristianizada. Tras lo expuesto, se entenderá que su moral, siendo natural, se muestre epicúrea y tendente a las virtudes sociales, desempeñando su papel la razón.

Ahora bien, aunque Rabelais, a nivel personal milite en la permanente duda sobre el gran Quizás, a la hora de articular su programa de educación religiosa-moral, su duda parece desaparecer, e inserta en él, los códigos religioso-morales por los que el alumno ha de guiarse. ¿Acaso el texto que ofrecemos puede interpretarse de otro modo?:

Pero como, según el sabio Salomón, la sabiduría nunca entra en las almas malévolas, y ciencia sin conciencia no es sino ruina del alma, te conviene servir, amar y temer a Dios, poner en Él todos tus pensamientos y toda tu esperanza, y con una fe hecha de caridad, unirte a Él de suerte que jamás seas separado de Él por el pecado. No pongas tu corazón en la vanidad, porque esta vida es transitoria, pero la palabra de Dios permanece eternamente. Sé servicial para con tu prójimo u ámá-le como a ti mismo. Honra a tus preceptores, huye de la compañía de gente a la que no quieres parecerle, y no recibas en vano las gracias que Dios te ha dado. Y cuando adviertas que posees todo el saber que allá puedes adquirir, vuelve a mí para que te vea y te dé mi bendición antes de morir (ibíd., 248).

Pese a su extensión, el texto ha valido la pena; y, sigue siendo válido en su pretendida religión natural-cristianizada, en la que el Evangelio —la Sagrada Escritura en general— se hace acompañar de la diosa Natura.

• *Hacia un programa nuevo de educación natural*

Observadas las líneas fundamentales de la educación natural, en su dimensión física, intelectual y moral, según Rabelais se está en disposición de señalar los puntos programáticos de la misma.

Ya advertimos cómo la "Carta de Gargantúa a Pantagruel" es todo un programa de educación natural, centrado en el conocimiento de los saberes teórico y técnico, necesarios para la consecución del hombre formado o culto. Anticipamos, también, los procedimientos metódicos y los recursos didácticos exigidos por Rabelais; hora es ya de exponer el currículum que él formula *in extenso*, ciertamente, para la educación de su discípulo. El programa está configurado en aras de un optimismo pedagógico manifiesto, muy propio, de otro lado, del Humanismo-renacentista. "Ahora todas las disciplinas están restablecidas, y las lenguas instauradas: la griega, sin la cual es vergonzoso que una persona se diga sabia; la hebraica; la caldea; la latina."

La cultura manifiesta códigos pansóficos en la continuación del texto: "Todo el mundo está lleno de sabios, de doctos preceptores y de amplias bibliotecas, hasta el punto de que, en mi opinión, ni en los tiempos de Platón, ni en los de Cicerón, ni en los de Papiniano, había tanta comodidad para estudiar como ahora, y que, en adelante se hallará en ningún lugar ni reunión gente que no haya sido bien pulida en la oficina de Minerva" (ibíd., 246).

Programada "la comodidad para estudiar", se señalan las materias de estudio teórico-práctico. Desea Rabelais que Pantagruel aprenda "perfectamente las lenguas, primeramente la griega como quiere Quintiliano, después la hebraica para las Sagradas Escrituras, e igualmente la caldea y la arábica"; coloca como maestro a seguir a Platón para la lengua griega, y, a Cicerón para la latina; introduce en el programa curricular, la historia, la cosmografía, el derecho civil y la filosofía, amén de las tradicionales artes liberales —aritmética, geometría, astronomía y música—. Conviene advertir, sin embargo, que el eje sobre el que gira el currículum es el de las Ciencias Naturales, dado su realismo pedagógico. Rabelais es explícito en este asunto:

En cuanto al conocimiento de los hechos de la naturaleza, quiero que a él te entregues enteramente; que no haya mar, río ni fuente cuyos peces no conozcas; que no te sean desconocidos los pájaros del aire, los árboles y arbustos de los bosques, todas las hierbas de la tierra, los metales escon-

didos en el seno de los abismos y las pedrerías de todo el Oriente y el Mediodía. (ibíd., 247).

*Logos y physis* llevan la mejor parte, pues el primero genera conceptos, y la segunda, hechos, conformando un realismo teórico-práctico. En verdad, la admiración de Rabelais por los textos de la antigüedad greco-latina reside en el conocimiento de que tanto griegos como romanos aceptaron el *sequere naturam*, y, si como él cree, la naturaleza del hombre es buena, la educación natural será básica para la consecución de la felicidad individual y social.

Aprehendido lo esencial del "macrocosmos", Rabelais, en ese excesivo afán de omnisciencia, propone el del "microcosmos": "podrás adquirir un conocimiento perfecto de ese otro mundo que es el hombre". Y, nada mejor para ello que el estudio de la medicina —supremacía de lo natural— y no de la metafísica: "Después relea atentamente los libros de los médicos griegos, árabes y latinos, sin desdeñar los talmúdicos y cabalistas, y, mediante frecuentes disecciones, podrás adquirir un conocimiento perfecto de ese otro mundo que es el hombre" (ibíd., 248). Esto justifica la anotado y es, en el conocimiento del hombre, una exaltación de puro biologismo.

Pero este hombre, formado en aras naturales, no sólo es un animal biológico, sino también un animal político, razón por la cual no se soslaya la *educación cívico-social*, y aun militar, —realismo social— exigiendo a Gargantúa "aprender —antes de que se haga hombre— la equitación y las armas a fin de defender mi casa y socorrer a nuestros amigos en todos sus azares y contra los asaltos de los malhechores" (ibíd., 248).

Hay que finalizar reconociendo la excesiva carga curricular del programa de educación natural, en el que, por cierto, no hay renuncia a la memoria —cual se dijo— y sí a la abstracción, al seguir el itinerario docente y realista que marca el libro de la naturaleza. Rabelais lo vio así, "en suma, que yo te vea hecho un pozo de ciencia". Pero acontece que este saber adquirido no es únicamente para el disfrute y utilidad personal, sino que ha de ser *convencional, público*, "manteniendo las tesis —del nuevo saber— junto a todos y frente a todos, y tratando con los hombres de letras, con

los que viven en París como en otras partes" (ídem). Un nuevo hombre ha nacido, configurado, sin duda, en una nueva cultura, conformada en los principios del *ordo naturalis*.

#### 7.4. La abadía de Thélème o la pedagogía de la razón y del instinto

Tras la esforzada batalla y correspondiente victoria sobre Picrolo y sus huestes, la generosidad de Gargantúa no sólo acoge a los vencidos, sino y sobre todo, a los vencedores más notables y fieles. Así, a Ponócrates dio la Roche-Clermaud; a Gimnasta, el Cou-dray; a Eudemón, Montpensier...; sólo faltaba premiar al monje; y, para él, y a su petición, hizo levantar Gargantúa la abadía de Thélème. El hermano Juan sólo exigió una condición que le fue concedida, redactar la regla y el plan de vida de la abadía.

Mas, no se crea que tal petición conlleva la formulación de una regla más estricta, más dura, en la línea del ascetismo monacal; todo lo contrario, la regla ha de ser redactada "al contrario de todas las demás". Y, a fe que así se hizo cual ver se podrá. Se precisa, pues, entrar en materia.

La abadía se construye sin muros externos; sin relojes ni cuadrantes, debiéndose distribuir los trabajos según las ocasiones y las oportunidades; no hay relojes ni campanas, rigiéndose los monjes por el dictado del buen sentido y de la razón; en la abadía sólo se admiten de las mujeres las más hermosas, las bien formadas y bien nacidas; y, de los hombres, los hermosos, bien formados y bien nacidos (Rabelais, 1971: 193). En ningún caso deben existir abadías de sólo hombres o sólo mujeres, "ni de hombres si no hay mujeres". Tras los votos, hombres y mujeres pueden salir de la abadía cuando gusten. Es más, la regla sostiene que pueden casarse honorablemente, y que todos y cada uno puede ser rico y vivir en completa libertad (ídem). Las mujeres ingresan cuando cuentan de diez a quince años de edad; y los hombres, de los doce a los dieciocho. Contrariamente al voto de pobreza, en Thélème se cuenta con 2.700.831 carneros lanudos, amén del presupuesto del río Dive y 1.669.000 escudos de sol; y, añade, en clave de humor, "otras tantas de la Investigación la Pollera", y a perpetuidad, 2.369.514 nobles de la rosa.

El edificio de la abadía, de planta hexagonal, cuenta con torres en cada uno de sus ángulos con 300 metros de distancia; muestra seis pisos, "con yeso de Flandes en forma de cielo de lámpara"; el tejado de fina pizarra con revestimiento de plomo. Conviene recordar que la abadía cuenta con 9.332 habitaciones, "cada una de ellas provista de anticámara, retrete, guardarropa, capilla y salida a una gran sala" (ibíd., 195).

"Desde la Torre Ártica a la de Criere —escribe Rabelais— están las hermosas y grandes Bibliotecas de griego, latín, hebreo, francés, toscano y español, repartidas en los diversos estantes según las lenguas" (ídem).

Todo el capítulo LIV es una advertencia sobre la clase social a la que pertenecen los habitantes de Thélème. La inscripción grabada sobre la gran puerta de la abadía prohíbe la entrada en ella de "indigentes arropados con pieles, frailes licenciosos y gorrones, escribanos zampatortas, clérigos, pasantes, falsos amantes del pueblo, jueces antiguos que a los buenos clientes atais; usureros y avaros, viejos que chochean y cortesanos de Dangier". Se da cabida, por contra, a nobles y caballeros, y aquellos que predicán "en su verdadero sentido el Santo Evangelio", así como a damas de alta alcurnia.

Alude todo el capítulo LV a la morada de los thelemitas, en una especial corte renacentista, en la que el palacio —abadía— cuenta con columnatas, galerías, jardines, fuentes y ríos. Sitúa a las mujeres, "de la Torre Ártica hasta la puerta Mesembrina", ocupando los hombres el resto. Hipódromos, teatros, piscinas, baños "muríficos de triple suelo", huertos, zoológico, caballerías, halconería, peluquerías, perfumerías, dicen del quehacer ocupacional de sus habitantes.

De cómo vestían los religiosos y religiosas de Thélème trata el capítulo LVI, sin desperdicio alguno. He aquí algunos detalles: portan las mujeres calzas escarlatas, escaarpines y pantuflas de terciopelo carmesí; sobre la camisa, corsé de tela de seda; encima el refajo de tafetán blanco, y sobre él, la saya de tafetán de plata con bordados de oro. Los vestidos cambian de color con la estación del año, y los atavíos de la cabeza también: en invierno, a la francesa; en primavera, a la española; y en verano, a la turca. No faltan los complementos de adorno, cual anillos, cade-

nas y collares guarnecidos de piedras preciosas. Visten los hombres a su modo: calzas bajas de estameña de color escarlata; las prendas de encima de terciopelo; el jubón de tisú de oro al igual que las capas o chupas; al costado, la espada y el puñal; y, el bonete —única prenda que nos recuerda que de monjes se trata— de oro (ibíd., 202). Tal vestimenta, nada monástica, exige una casa de orfebres, bordadores y sastres, con dedicación permanente en su oficio.

### 7.5. A modo de reflexión

La intencionada exposición precedente carecería de sentido a no ser que se tenga en cuenta la siguiente aseveración de Rabelais: “Toda su vida —de thelemitas— se regía, no por leyes, estatutos o reglas, sino según su querer y libre arbitrio” (ibíd., 203).

A la luz de esta doctrina se percibe cierta tendencia ácrata; más si se tiene en cuenta que los thelemitas, se levantan, trabajan, comen cuando quieren, sin que nadie les obligue a nada. La única regla del reglamento del hermano Juan es: “Haz lo que quieras”. Pero ocurre que, el “haz lo que quieras”, no es una regla gratuita e impensada; nada de eso. Es el propio Rabelais el que —en plena creencia en la bondad del hombre— anuncia: “Porque las gentes libres, bien nacidas, bien instruidas, rodeadas de buenas compañías, tienen por naturaleza, un instinto y un acicate que los impulsa siempre a seguir acciones virtuosas y las aparta del vicio, instinto al que ellos llaman honor” (ibíd., 204).

De manera que con una herencia discreta, una buena instrucción, y un ambiente social apto, el instinto “impulsa siempre a seguir acciones virtuosas”. ¿Quién no ve en el texto los códigos en embrión del naturalismo pedagógico de Rousseau, en el que el hombre es bueno y la sociedad lo corrompe?

Rabelais observa fe hasta la exaltación en la naturaleza, no exenta de eficacia educativa, cual manifiesta en este texto: “Estaban instruidos —los monjes de Thélème— de un modo tan superior, que no había entre ellos nadie que no supiera leer, contar, tocar instrumentos musicales, hablar cinco o seis lenguas y componer en éstas tanto en verso como en prosa” (ibíd., 204).

Digamos, por fin, que en Thélème no sólo conviven hombres y mujeres —puede leerse monjes y monjas— sino que si algún hombre, o si lo prefieren monje, ha cobrado afecto a alguna dama o monja, puede llevársela fuera de la abadía y, en consecuencia, están ya juntos y casados.

Bien puede concluirse que la abadía de Thélème es todo lo contrario a un convento, en el que hay de todo menos Iglesia; en Thélème se pretende convertir la religión sobrenatural en religión natural; los monjes se desarrollan vitalmente conducidos por el instinto y la razón, en una especie de Utopía con pretensiones de alcanzar una sociedad nueva. Nueva sociedad sustentada sobre los ejes de actividad de la naturaleza y del logos, en la que pueda vivirse con tranquilidad de alma y se trabaje según ocasión y oportunidad; o como el propio Rabelais dice, en el código básico de su pantagruelismo: *Certaine gawyeté d'esprit conficte en mépris des choses fortuites*; o lo que es lo mismo, “cierta alegría de espíritu confitada en el desprecio de las cosas fortuitas” (Rabelais, 1896: 170).

Creo, de cualquier modo, que estamos en disposición de afirmar que, la doctrina de la abadía de Thélème en particular, y la de la obra rabelesiana en general, representa, de alguna manera, el esfuerzo renacentista por suprimir la ascesis cristiana tras haber descubierto la bondad intrínseca de la naturaleza; desde la que, por cierto, se monta toda la teoría de la educación natural.

Por lo demás, en *Gargantúa* pueden encontrarse ciertas teorías —sociales, religiosas, educativas— con coherencia aceptable, amén de algunas ideas, no exentas de originalidad; algo que no acontece en *Pantagruel*, si bien, hay que rescatar, por su importancia para el derecho, el capítulo X, y, por su excelente exposición sobre el Humanismo pedagógico, en la carta de Gargantúa a su hijo, el capítulo VIII. Y, a fuer, que no es poco.